

El hombre, el Estado y la guerra

Kenneth N. WALTZ

Capítulos de "Introducción" y "Conclusión" extraídos de WALTZ, Kenneth N. *El hombre, el Estado y la guerra*, Editorial Nova, Buenos Aires, 1959. La obra original, *Man, the State and War*, fue publicada por Columbia University Press en 1954.

Introducción

Alguien ha dicho que preguntar quién ganó una guerra determinada es como preguntar quién ganó en el terremoto de San Francisco. La proposición de que en las guerras no existe la victoria, sino diversos grados de derrota gana cada vez más aceptación en el siglo XX. Pero ¿son las guerras similares a los terremotos en lo que se refiere a su condición de acontecimientos naturales, cuyo control o eliminación está más allá de la inteligencia del hombre?

Pocos admitirían que lo son; sin embargo, las tentativas que se han realizado para eliminar la guerra, aunque noblemente inspiradas y procuradas con diligencia, apenas han traído efímeros momentos de paz entre los estados. Existe una evidente desproporción entre el esfuerzo y el producto, entre el deseo y el resultado. El deseo de paz, nos han dicho, está fuerte y profundamente arraigado en el pueblo ruso; y estamos convencidos de que lo mismo puede decirse con respecto a los norteamericanos. De estas aseveraciones se desprende algún consuelo; pero a la luz de la historia, y también de los sucesos actuales, es difícil creer que el deseo pueda engendrar la situación anhelada.

Los estudiosos de ciencias sociales han comprendido mediante sus investigaciones hasta qué punto el presente está ligado al pasado, y qué íntimamente las partes de un sistema dependen una de la otra, se inclinan a ser conservadoras al estimar las posibilidades de alcanzar un mundo radicalmente mejor. Si alguien preguntase acerca de la posibilidad de lograr la paz allí donde en el pasado hubo guerra, las respuestas resultarían a menudo pesimistas. Quizá sea ésta una pregunta equivocada. Verdaderamente, las contestaciones serían un poco menos desalentadoras si se formularan, en cambio, las siguientes preguntas: ¿hay

maneras de disminuir la incidencia de la guerra, o de aumentar las posibilidades de paz? ¿Podremos tener paz en el futuro más a menudo que en el pasado?

La paz es uno de los fines entre los muchos que simultáneamente se busca lograr. Los medios para procurarla son muchos. El fin y los medios se buscan y aplican en condiciones diversas. Aunque resulta difícil creer que existen caminos conducentes a la paz no transitados aún por los estadistas ni propugnados por los especialistas en relaciones exteriores, la complejidad misma del problema sugiere la posibilidad de combinar las actividades de maneras diferentes, con la esperanza de que alguna de estas combinaciones nos conduzca más cerca del objetivo. ¿Se debe por ello concluir que la sabiduría del hombre de estado reside en intentar primero una política y luego otra, en hacer lo que el momento - parezca exigir? Una respuesta afirmativa sugeriría que el deseo de progreso radica en una política divorciada del análisis, en la acción alejada de la reflexión. Sin embargo, cada intento de aliviar una situación implica algún conocimiento de sus causas: explicar cómo se puede lograr la paz más rápidamente requiere una comprensión de la causas de la guerra. Trataremos de lograr esta comprensión en las páginas siguientes. Haciendo nuestro el título de un libro de Mortimer Adler, nuestro tema es "cómo pensar acerca de la guerra y la paz". Los capítulos subsiguientes constituyen, hasta cierto punto, ensayos de teoría política. Esta denominación está en parte justificada, en primer lugar, por las características de la investigación - examinamos las premisas e inquirimos repetidamente cómo inciden en el problema planteado - y, en segundo lugar, por el hecho de que consideramos directamente a un grupo de filósofos políticos, a veces en forma circunscripta, como en el caso de San Agustín, Maquiavelo, Spinoza y Kant, y otras extensamente, como en el caso de Rousseau. En otras partes nos concentraremos en un tipo de pensamiento, como en los capítulos dedicados a los behavioristas; los liberales y los socialistas. Pero ¿qué relación tienen los pensamientos de los que vivieron hace mucho tiempo con los apremiantes y abrumadores problemas de hoy? El resto del libro constituye una respuesta a este interrogante, pero no está de más indicar al principio los lineamientos que seguiremos.

¿Por qué permite Dios, si es omnisciente y todopoderoso, la existencia del mal? Así pregunta el simple de Hurón en un relato de Voltaire para confundir a los doctos hombres de la Iglesia. El problema de la teodicea en su versión secular - la explicación dada por el hombre a la existencia del mal - es tan misterioso como

sorprendente. Enfermedades y pestes, fanatismos y estupros, robos y asesinatos, pillajes y guerras, aparecen constantemente en la historia del mundo. ¿Por qué ocurre esto? ¿Pueden explicarse la guerra y la maldad de la misma manera? ¿La guerra es, simplemente, la maldad de las masas?, y por lo tanto ¿la explicación de la maldad es también la de los males de los que son presa los hombres en sociedad? Muchos lo han creído así.

Porque, aunque estuviésemos dispensados por la indulgencia divina de todo aquello que pudiese causarnos daño desde el exterior - escribe John Milton -, la perversidad de nuestra insensatez es tal, que nunca cesaríamos de arrancar de nuestros propios corazones, como si fuesen pedernales, las semillas y chispas de una aflicción nueva, hasta que todo se transformase nuevamente en hoguera¹.

Nuestros infortunios son, inevitablemente, el producto de nuestra naturaleza. La raíz de todo mal se encuentra en el hombre y, por consiguiente, él constituye en sí mismo la raíz del mal específico: la guerra. Esta explicación del origen de la guerra, ampliamente difundida y sostenida por muchos como artículo de Fe, ha tenido enorme influencia. Tal es la convicción de San Agustín y Lutero, de Malthus y Jonathan Swift, del Deán Inge y de Reinhold Niebuhr. En términos seculares, considerando a los hombres como seres de razón combinada con pasión, en los que la pasión triunfa repetidamente esta creencia alimenta la filosofía, inclusive la filosofía política de Spinoza. Se puede sostener también que influyó tanto en las actividades de Bismarck, con su pobre opinión acerca de sus semejantes, como en los austeros y rigurosos estudios de Spinoza. Si las creencias del hombre condicionan sus expectativas, y sus expectativas condicionan sus actos, la aceptación o el rechazo de esta idea de Milton adquiere importancia en los problemas "humanos". Y, por supuesto, Milton podría tener razón, aun cuando nadie le creyese. Si así fuese, los intentos de explicar la reaparición de la guerra en función de factores económicos, por ejemplo, podrían resultar entretenimientos "interesantes", pero prácticamente intrascendentes. Si es cierto que, como dijo una vez Jonathan Swift, "el mismo principio que lleva a un matón a romper las ventanas de una ramera que lo ha "desairado", incita generalmente a un gran príncipe a reclutar poderosos ejércitos y a soñar únicamente con sitios, batallas y victorias"², entonces, las razones esgrimidas por los príncipes para emprender guerras constituyen meras intelectualizaciones que ocultan una motivación quizá no percibida por ellos y que, de haberla percibido, no habrían podido expresar

abiertamente. De ello se desprendería también que los proyectos del estadista Sully, si realmente tenían por objeto lograr una paz mayor en el mundo, fueron tan inútiles como los sueños del monje francés Crucé; es decir, inútiles a menos que se hubieran podido atacar las raíces: el orgullo y la petulancia que han producido las guerras y los otros males que flagelan a la humanidad.

Muchos han coincidido con Milton en que los hombres deben dirigir su mirada al hombre para comprender los sucesos políticos y sociales, pero difieren de él en lo que respecta a la naturaleza del hombre o en lo que ésta puede llegar a convertirse. Muchos otros, en realidad, no admiten la premisa principal. El hombre, ¿forja la sociedad a su imagen y semejanza, o es la sociedad quien le forja a él? Era de esperar, en una época en que la filosofía era apenas una rama de la teología, que los teólogos-filósofos atribuyesen a la acción humana lo que muchos filósofos antes y después han descrito como los efectos de una forma de gobierno. Rousseau, entre tantos otros que podrían ser mencionados aquí, acaba con la opinión que afirma que, como el hombre es un animal social, su comportamiento en sociedad puede explicarse por su pasión animal y/o su razón humana. El hombre nace y, en su condición natural, no es ni bueno ni malo. La sociedad es el elemento que degrada la vida de los hombres pero es, asimismo, el instrumento moralizador. Rousseau era renuente a renunciar a este último efecto, aun cuando había pensado que al hombre le era posible retroceder a su estado natural. Esta es su posición, reflejada coherentemente en todos sus libros, si bien persiste el mito de que él consideraba noble al salvaje y de que lamentaba el advenimiento de la sociedad³. El comportamiento del hombre, su naturaleza misma, que algunos han estimado como causa, son en gran parte, de acuerdo con Rousseau, el producto de la sociedad en que vive. Y la sociedad, afirma, es inseparable de la organización política. En ausencia de un poder organizado que como mínimo debe servir para juzgar, les es imposible a los hombres vivir juntos con la paz indispensable. No puede separarse el estudio de la sociedad de un análisis del gobierno, como tampoco puede aislarse de ellos el estudio del hombre. Rousseau, como Platón, cree que un mal gobierno vuelve malos a los hombres, mientras que uno bueno los mejora. Esto no quiere decir que el estado sea un alfarero y el hombre una masa de arcilla que no ofrece resistencia a la forma que el artista desea imprimirle. Existen, según reconoció Rousseau, similitudes entre los hombres, dondequiera que vivan. También existen diferencias y la búsqueda de causas es un intento de explicar estas diferencias. La explicación de las consecuencias - se encuentre uno preocupado por la repetición

del robo o de la guerra - debe hallarse en el estudio de las diversas relaciones sociales entre los hombres y esto, a su vez, requiere el análisis de la política.

¿Cómo puede entenderse mejor al hombre en sociedad: por el estudio del hombre o por el de la sociedad? La respuesta más satisfactoria se obtendría eliminando la palabra "o" y contestando ambos interrogantes. Pero el orden en que se expliquen los hechos cambia el sentido. El Reverendo Thomas Malthus escribió una vez que "aunque las instituciones humanas parecen ser las causas obvias de muchos años de la humanidad, no obstante son, en realidad, fútiles y superficiales, simples plumas que flotan en la superficie comparadas con aquellas causas de impureza, profundamente arraigadas, que corrompen las fuentes y enturbian toda la corriente de la vida humana"⁴. Rousseau tenía ante sí el mismo mundo, los mismos sucesos, pero encontró el foco de las causas principales en un ámbito diferente.

A su vez, seguir a Rousseau equivale a plantearse diversos interrogantes. Los hombres viven en estados y los estados existen en un mundo de estados. Si detenemos ahora nuestra atención en el problema de por qué existen las guerras, ¿haremos hincapié sobre el papel del estado, con su contenido social y económico y su sistema político, o nos concentraremos principalmente en lo que a veces se ha dado en denominar la sociedad de estados? Nuevamente puede decirse que es posible eliminar la palabra "o" y contestar ambos interrogantes, pero muchos han puesto el acento sobre el primero o segundo elemento, lo que explica las discrepantes conclusiones alcanzadas. Quienes destacan el primero, en cierto sentido concuerdan con Milton. Éste explica los males del mundo por la maldad del hombre; aquellos explican el gran mal de la guerra por las maldades de algunos o todos los estados. Esta afirmación se invierte a menudo: si los malos estados hacen la guerra, los buenos estados deberían vivir en paz entre ellos. Con diversos grados de justificación se puede atribuir esta idea a Platón, a Kant y a los liberales y socialistas revisionistas del siglo XIX. Ellos concuerdan con el principio mencionado, si bien difieren en la concepción de cuáles son los buenos estados y en cómo organizarlos.

Mientras los marxistas eclipsan parcialmente la concepción liberal del mundo, otros la eliminan por completo. El mismo Rousseau no encuentra las causas principales de la guerra ni en los hombres ni en los estados, sino en el propio

sistema estatal. Con respecto al hombre en estado natural, ha asegurado que ningún ser humano puede comportarse correctamente a menos que “tenga alguna seguridad de que los otros no podrán infligirle daño alguno”. En su ensayo fragmentario titulado “The State of War” y en sus comentarios sobre las obras del abad de Saint-Pierre, Rousseau aplica este criterio a los estados que existen en situación de anarquía. Aunque un estado desee permanecer en paz quizá deba considerar la organización de una guerra preventiva; ya que, si no atacase cuando el momento le es favorable, puede ser atacado después, cuando la ventaja se encuentre de parte del adversario. Esta idea constituye la base analítica de muchos enfoques sobre el equilibrio de poderes en las relaciones internacionales, y también del programa federalista mundial. Implícito en Tucídides y en Alexander Hamilton, explícito en Maquiavelo, Hobbes y Rousseau, este punto de vista es a la vez una explicación general de la conducta de los estados y un *point d'appui* crítico contra aquellos que tratan de explicar el comportamiento exterior de los estados por medio de su estructura interna. Mientras algunos creen que mejorar los estados traerá como consecuencia la paz, otros sostienen que las relaciones con los otros estados determinan el carácter de cada uno de ellos. Leopold Ranke dedujo esta última tesis de la historia de los estados europeos en la actualidad, o la aplicó a ella. También ha sido utilizada para explicar el orden interno de otros estados⁵.

Los estadistas, así como los filósofos y los historiadores, han intentado explicar el comportamiento de los estados durante la guerra y durante la paz. Woodrow Wilson, en el borrador de una nota escrita en noviembre de 1916, indicó que las causas de la guerra que se libraba en ese momento eran oscuras, que las naciones neutrales desconocían el motivo de su origen y que si se viesan arrastradas a ella, no sabrían por qué objetivos habían empezado a luchar⁶. Pero a menudo, para actuar, debemos convencernos a nosotros mismos de que conocemos las respuestas a tales interrogantes. Wilson tuvo la satisfacción de encontrarlas pronto. Aparece ante la historia como una figura que trazó una clara línea divisoria entre los estados pacíficos y los agresivos, y atribuyó a las democracias todos los atributos de los primeros y a los estados autoritarios las propiedades de los segundos. Con un alcance que varía según el autor considerado, se piensa que la existencia de la guerra depende de los diferentes tipos de gobiernos nacionales. De esta manera, Cobden, en un discurso pronunciado en Leeds en diciembre de 1849, dijo:

¿Dónde debemos buscar los negros nubarrones de la guerra? ¿De dónde se están elevando? Del despotismo del norte, donde un solo hombre maneja los destinos de cuarenta millones de siervos. Si deseamos saber dónde se halla el segundo peligro de guerra y disturbios, deberá contestarse que en esa provincia de Rusia - ese miserable y degradado país, Austria - que ocupa el segundo lugar del despotismo y la barbarie; pero en la medida en que la población se gobierne a sí misma, como en Inglaterra, en Francia o en América, se verá que la guerra no se encuentra en el ánimo de los pueblos, y que si el gobierno la desease, el pueblo le pondría obstáculos⁷.

El interés constante de los pueblos se encuentra en la paz; ningún gobierno controlado por el pueblo luchará a menos que se le obligue. Sin embargo, pocos años después, Inglaterra, si bien no fue instigada, luchó contra Rusia, y Cobden perdió su banca en 1857 como resultado de su oposición a la guerra. Esta experiencia es frustrante, pero no resultó fatal para la idea que estamos analizando porque ésta resucitó en las palabras de Wilson, por ejemplo, y, más tarde, en las del senador Robert Taft. A la manera de Cobden pero en el año 1951, Taft manifestó: "la historia demuestra que, cuando se le da al pueblo la oportunidad de hablar, éste, generalmente, elige la paz en la medida de lo posible. Esto evidencia que los gobernantes arbitrarios son más propensos a favorecer la guerra que los pueblos"⁸. ¿Es verdad, se pregunta uno, que existe una sola forma de estado pacífico? Si así fuese, ¿qué importancia tendría eso? ¿Les permitiría a algunos estados saber en qué naciones podrían confiar? Los estados que ya son buenos, ¿deberían tratar de mejorar a los otros y hacer posible, así, que todos los hombres gozasen del bienestar de la paz? Wilson pensaba que era un imperativo moral contribuir a la regeneración política de los otros; Cobden creía que hacer eso ni siquiera era justificable. Si bien concuerdan en las causas de la guerra, estos dos estadistas difieren en cuanto a sus conclusiones políticas.

Pero, ¿qué decir de aquellos que se inclinan por una evaluación distinta de las causas principales?

Dijo el presidente Dwight Eisenhower: "ahora bien, el pueblo - el pueblo en general no quiere la guerra. Son, creo yo, los gobernantes equivocados quienes se vuelven demasiado belicosos y creen que el pueblo desea realmente luchar"⁹. Aunque al parecer no todo el mundo desea la paz de manera suficiente, pues, en

otra ocasión, dijo: "si las madres de todo el mundo pudiesen enseñarles a sus hijos a comprender el modo de vida y las esperanzas de los niños de otras tierras - de América, Europa, Cercano Oriente, Asia - se serviría noblemente a la causa de la paz en el mundo"¹⁰. Aquí Eisenhower concuerda con Milton en cuanto a las causas de la guerra pero sin el pesimismo de Milton, o sin su realismo, según los preconceptos de cada uno. Las tendencias agresivas podrían ser innatas pero, ¿es inevitable que sean mal canalizadas? La guerra se origina en las mentes y los sentimientos de los hombres, como todos los actos, pero ¿pueden cambiarse las mentes y los sentimientos? Si se diera esa posibilidad, ¿en qué medida y con qué rapidez pueden cambiar esas mentes y sentimientos? Si los otros factores pertinentes se diesen de la misma manera, ¿qué diferencia establecería ese cambio? Las respuestas a estos interrogantes y a los del párrafo precedente no son sencillas pero tienen enorme importancia. ¿Cómo encontrarlas?

Algunos sugerirían adoptar como hipótesis ciertas respuestas posibles para investigarlas y probarlas empíricamente. Pero esto es difícil. En la época de la Primera Guerra Mundial, la mayor parte de los liberales ingleses creían, como Wilson, que el carácter militarista y totalitario del estado germano había impulsado a Alemania a buscar una guerra que pronto se extendería a casi todo el mundo. Al mismo tiempo, algunos liberales, especialmente G. Lowes Dickinson, sostenían que no se podía considerar culpable a ningún estado por separado. Sólo comprendiendo el sistema internacional, o su inexistencia, que obligó muchas veces a los gobernantes a actuar sin preocuparse mucho por la moral convencional, se podría entender y evaluar con justicia el proceso que dio lugar a la guerra¹¹. Dickinson fue denostado en la misma medida por liberales y socialistas a causa de que invirtió la explicación usual de adentro hacia afuera. La aceptación o el rechazo de las tesis explicativas en asuntos como este, depende frecuentemente de la destreza de los defensores y del estado de ánimo del auditorio.

Estos no son criterios apropiados; sin embargo, sería tonto sostener que una indagación un poco más profunda de los datos ayudaría a formular una defensa más sólida de una u otra de estas teorías. Tomando en cuenta el mismo grupo de datos, los contendientes en el debate llegaron a conclusiones marcadamente diferentes porque las ideas preconcebidas que poseían los condujeron a seleccionar e interpretar dichos datos de manera diferente. Para encontrar algún sentido a las hipótesis de los liberales, necesitamos poseer una idea acerca de la interrelación de

muchos factores posiblemente pertinentes, y estas interrelaciones no existen en los datos que estudiamos; las establecemos o, más bien, las creamos nosotros mismos. Sería peligroso decir “establecer” porque aunque no las clasifiquemos como tal, no podemos escapar de las premisas filosóficas. Las ideas que poseemos se transforman en un filtro a través del cual pasan los datos que recibimos. Si los datos han sido seleccionados cuidadosamente, pasarán como la leche a través de un tamiz. Los datos recalcitrantes podrían obligarnos a cambiar un filtro por otro, a modificar o a descartar nuestra teoría; también podrían lograr una selección e interpretación más ingeniosa de los datos, como ha sucedido con muchos marxistas que trataron de salvar la tesis de que las masas se empobrecían cada vez más por el desarrollo del capitalismo.

Si las investigaciones empíricas varían en su incidencia y en sus resultados respecto a las ideas que sustentan los empíricos, vale la pena preguntarnos si las ideas mismas pueden ser sometidas a una investigación. Evidentemente, esto es posible. El estudio de la política se distingue de otros estudios sociales porque se concentra en las instituciones y procesos de gobierno. Esto centra el interés de los que se dedican a la ciencia política sin que llegue a constituir una disposición contraria al uso de materiales y técnicas empleados por otros estudiosos de las ciencias sociales¹². Con respecto a este último punto, no existen dificultades para el estudioso de las relaciones internacionales; pero los obstáculos son considerables con respecto al primero, porque las relaciones internacionales se caracterizan por la ausencia de verdaderas instituciones de gobierno, lo cual, a su vez, da un enfoque radicalmente diferente de los procesos conectados con dichas relaciones. Sin embargo, en cierto sentido, la filosofía política tradicional, al concentrarse en la política interna, adquiere importancia para el estudioso de las relaciones internacionales. Se dice con frecuencia que la paz es el problema del siglo XX. Es asimismo una de las preocupaciones constantes de los filósofos de la política. En épocas de relativa tranquilidad, los hombres se hacen generalmente la siguiente pregunta: ¿De qué sirve la vida sin justicia ni libertad? Es mejor morir que vivir como un esclavo. No obstante, en épocas de conflictos internos, de hambre y guerra civil, de abrumadora inseguridad, muchos se preguntan: ¿de qué vale la libertad sin el poder suficiente para establecer y mantener condiciones de seguridad? San Agustín y Lutero, Maquiavelo, Bodin y Hobbes, consideran como una verdad evidente de por sí que la vida tiene prioridad sobre la justicia y la libertad. Si la otra alternativa de la tiranía es el caos y si el caos significa una

guerra de todos contra todos, resulta comprensible entonces el sometimiento voluntario del pueblo a la tiranía. Cuando no hay orden no se puede gozar de la libertad. El problema de identificar y lograr las condiciones de paz, problema que persigue al hombre y atormenta al estudioso de las relaciones internacionales, ha preocupado también, especialmente en períodos de crisis, a los filósofos de la política.

R. G. Collingwood sugirió que el mejor camino para comprender las obras de los filósofos es tratar de solucionar los interrogantes a los que ellos intentan responder. Se insinúa aquí que la mejor manera de examinar los problemas de teoría política internacional es proponer un interrogante central e identificar las respuestas que puedan dársele. En la filosofía política se pueden buscar respuestas al siguiente problema: ¿dónde pueden encontrarse las principales causas de la guerra? Las respuestas producen perplejidad por su variedad y sus características contradictorias. Con el objeto de ordenar esta diversidad, las respuestas se pueden clasificar en tres grupos, según los siguientes encabezamientos: dentro del hombre, dentro de la estructura de los estados, dentro del sistema interestatal. El fundamento de esta ordenación y su conexión con el mundo de los hechos se sugieren en las páginas precedentes. Nos referiremos a estas tres evaluaciones de las causas como las imágenes de relaciones internacionales y, enumeradas en, el orden dado, cada imagen será definida de acuerdo con la ubicación que se dé al nexo de las causas importantes.

Los comentarios previos indican que las opiniones involucradas por cualquiera de estas imágenes pueden ser, en cierto sentido, tan contradictorias como las mismas imágenes entre sí. Los siguientes argumentos: a) la guerra es inevitable porque los hombres son irrevocablemente malos y b) se puede poner fin a las guerras porque es posible cambiar a los hombres, resultan contradictorios pero como en cada uno de estos se considera que la causa reside en los individuos, ambos argumentos están incluidos en la primera imagen. De igual manera, la aceptación de un análisis de la tercera imagen puede llevarnos al falso optimismo de los que creen en el federalismo mundial, o al pesimismo, con frecuencia erróneamente definido, de una posición de *realpolitik*. Como en todos los aspectos, salvo en uno, puede haber una gran variedad de opiniones dentro de cada imagen y como las normas se refieren tanto al objetivo como al análisis, no hay una sola

norma para cada imagen. Sí existen, en cambio, normas lógicas e ilógicas respecto a cada relación imagen-objetivo.

Se puede decir que una norma es errónea cuando, tras haber sido adoptada, no logra el resultado previsto. ¿Pero puede demostrarse realmente que una norma fue adoptada? Con frecuencia se escuchan manifestaciones como ésta: “la Liga de las Naciones no fracasó; nunca intentó hacer algo”. Y tales manifestaciones resultan irrefutables. Pero aun si fuese posible una refutación empírica, continuaría sin resolver el problema de probar la validez de una norma. Un paciente que durante su enfermedad prueba diez remedios diferentes, puede preguntarse a qué píldora le debe su cura. Generalmente, reconocer méritos es más difícil que atribuir culpas. Si un estudio histórico demostrase que en el país “A” cada vez que se aumentan las tarifas aduaneras se produce un incremento de la prosperidad nacional, esto haría evidente, para algunos observadores, que las tarifas elevadas son la causa de la prosperidad; para otros, que ambos factores dependen de un tercero; y para otros no probaría nada. El enfoque empírico, si bien es necesario, no es suficiente. La correlación de los sucesos no significa nada o, por lo menos, no debe ser interpretada como significativa aisladamente del análisis que la acompaña.

Si no existe una solución empírica para el problema de verificar una norma, ¿qué solución hay? Prescribir una norma es imposible desde el punto de vista lógico sin un análisis previo. Cada pauta para lograr una mayor paz en el mundo está relacionada entonces con una de nuestras tres imágenes de relaciones internacionales o con alguna combinación de ellas. La comprensión de los términos analíticos de cada una de las imágenes nos otorgará dos posibilidades adicionales para aceptar o rechazar las normas. 1) Una norma basada sobre un análisis equivocado no logrará las consecuencias deseadas. La premisa de que mejorar al hombre de algún modo predeterminado servirá para promover la paz, se apoya sobre otra premisa: que la primera imagen de relaciones internacionales es válida. Esta última premisa deberá ser examinada antes de formular la primera. 2) Una norma resultaría inaceptable si no estuviese relacionada lógicamente con el análisis que le dio origen. Quien sufre de amigdalitis no se beneficia con una apendicetomía. Si la violencia entre los estados es causada por la maldad del hombre, buscar la reforma interna de los estados no servirá de nada. Y si la violencia entre los estados es el producto de la anarquía internacional, buscar la conversión de los individuos puede lograr muy poco. El vaticinio de un hombre

confunde las reglas de otro. Si se puede probar la validez de las imágenes en sí mismas, la relación crítica de la norma con respecto a la imagen se convierte en un control de la validez de las normas. Existe, sin embargo, una complicación proveniente de un factor adicional. Será necesaria una combinación de nuestras tres imágenes, más que una sola de ellas, para comprender exactamente las relaciones internacionales. Quizá no nos encontremos en la situación de poder considerar únicamente las amígdalas o el apéndice de nuestro paciente. Ambos podrían estar infectados pero extirpar los dos podría causar la muerte del enfermo. En otras palabras, comprender las consecuencias posibles de una causa podría depender de la comprensión de su relación con otras causas. La interrelación posible de las causas hace más difícil aún el problema de estimar el mérito de las diversas normas.

¿Qué criterio deberá adoptarse para evaluar dicho mérito? Supongamos que consideramos nuevamente la opinión que sostiene que los estados “malos” producen la guerra, que los estados “buenos” vivirían en paz con los demás y que, por lo tanto, deberíamos lograr que los estados se ajustasen a una pauta prescrita. Para evaluar el mérito de esta serie de proposiciones debemos formularnos los siguientes interrogantes: 1) ¿Es posible llevar a cabo la última proposición y, si así fuese, cómo se efectuaría? 2) ¿Hay una relación lógica entre la norma y la imagen? En otras palabras, la norma ¿ataca las causas señaladas? 3) ¿La imagen es adecuada o el analista simplemente se ha apoderado de la causa más espectacular o de la que él cree más susceptible de análisis, y ha pasado por alto otras causas de igual o mayor importancia? 4) ¿De qué manera los intentos para aplicar la norma afectarán a otras metas? Esta última pregunta es necesaria, ya que la paz no es la única meta, ni siquiera entre los estados u hombres con mayores inclinaciones pacíficas. Se puede creer, por ejemplo, que gobierno universal y paz perpetua son sinónimos pero también se puede estar convencido de que un estado mundial constituiría una tiranía universal y preferir, por lo tanto, un sistema de naciones-estados con un perpetuo peligro de guerra, a un estado mundial con una promesa de paz eterna.

Trataremos de facilitar las respuestas a estos interrogantes, primero, mediante una consideración crítica de cada imagen y luego, estimando la relación mutua entre las imágenes. Los capítulos II, IV y VI dan una explicación básica de la primera, segunda y tercera imágenes respectivamente, sustentándose en la

filosofía política tradicional. Los capítulos III, V y VII completan la ilustración y ejemplifican, a su vez, cada una de de las imágenes. El capítulo VIII es un breve ensayo acerca de la relación mutua entre las imágenes y una conclusión.

Conclusión

Durante la primera parte de este siglo, Norman Angell sostuvo con persistencia, elocuencia y claridad la idea de que la guerra no brinda beneficios. Cada vez más, y bajo la influencia del “equilibrio del terror”, los hombres se refieren al argumento que Angell popularizó cincuenta años atrás como a una idea que ha surgido de los adelantos recientes en la técnica de la guerra. Pero, en el sentido en que Angell lo proponía ha conservado siempre su validez. Angell era un racionalista y un individualista al estilo del siglo XIX, mucho menos preocupado por las ganancias y las pérdidas relativas de esta o aquella nación que por el hecho inmutable de que la guerra, al menos, aleja a los hombres de la tarea de producir los artículos de primera necesidad y los elementos de confort y, en su peor expresión, destruye lo ya producido. La guerra puede lograr una redistribución de los recursos, pero es el trabajo y no la guerra lo que crea la riqueza. La guerra nunca ha brindado beneficios, quizás no desde el punto de vista de una nación o una tribu, pero sí en cuanto atañe a la humanidad en general.

No obstante, las guerras se suceden. Lo que existe de animal en el hombre puede complacerse en la matanza, pero su razón se rebela. Tanto la guerra como la amenaza de ella estimulan las especulaciones acerca de las condiciones de paz. No obstante, un pensamiento aparentemente crítico podrá contener reacciones ilógicas frente a los aspectos más notorios de la situación enfrentada. Los programas de paz, ya sea que confíen en la diplomada conciliadora, la cruzada armada, la exhortación moral o la readaptación psicocultural, se basan, al menos implícitamente, en las ideas acerca de las causas de la guerra que consideramos. Como se sostuvo en la introducción de este libro, nuestra estimación de las causas de la guerra está determinada tanto por nuestras suposiciones previas como por los sucesos mundiales. Un estudio sistemático de las posibles causas de la guerra constituye, entonces, una forma directa de estimar las condiciones de paz. Nuestra principal tarea no ha sido la construcción de modelos de los que pudiesen derivarse políticas promotoras de paz, sino el examen de los supuestos sobre los que se apoyan dichos modelos. Esto plantea el problema en términos académicos pero su aplicación es mucho más amplia, porque la política de los estadistas y también los

intereses y los procedimientos de los eruditos constituyen el producto de una conjunción de temperamento, experiencia, razón y circunstancias. La práctica de la política se halla enormemente influida por las imágenes que poseen los políticos.

Cuando Ranke sostuvo que las relaciones externas de los estados determinan sus condiciones internas, su opinión poseía una fuerza lógica considerable. La importancia de la diplomacia en la Europa del siglo XIX era tan grande y tantos eran los estadistas expertos en sus procedimientos, que hasta el gobierno interno utilizaba métodos que se aplicaban a las relaciones entre los estados. Basta sólo con mencionar a Metternich y Bismarck. La diplomacia adoptó entonces muchas de las características de una partida de ajedrez. La actitud de Bismarck con respecto a la crisis de los Balcanes entre 1885 y 1887 es quizá la última ilustración en gran escala de ese procedimiento. Pero ya en los comienzos del siglo XIX los factores internos de los estados comenzaban a adquirir mayor importancia en las relaciones internacionales; y junto con esa característica se presenta una tendencia cada vez mayor a explicar las relaciones entre los estados sobre la base de su situación interna. Especialmente entre los ingleses liberales, la práctica de Metternich y la sentencia de Ranke se aplicaron de forma contraria. Se llevaron a cabo intentos para aplicar los supuestos métodos y sanciones del gobierno interno - arreglos judiciales, opinión pública - a los asuntos entre estados.

El auge de una imagen varía según el tiempo y el lugar, pero una imagen por sí sola no resulta jamás adecuada. De este modo, el escepticismo de Bismarck con respecto a una posible alianza con Rusia se basaba, en parte, sobre el temor acerca de la estabilidad interna de este último país. Quien desee jugar una partida de ajedrez, debe considerar la importancia de las diferentes piezas y los eventuales movimientos, y en la política internacional la importancia varía con el tiempo. Así pues, John Stuart Mill en una carta escrita en junio de 1859 y dirigida a un corresponsal italiano expresó que la simpatía de Inglaterra por la causa de la libertad nacional italiana era grande, pero justificó la inactividad de su país señalando que Austria era la única aliada con quien los ingleses podrían contar si alguna vez debían luchar en defensa de su libertad contra el poder unificado de Francia y Rusia¹³. El pensamiento de Mill y la política de Bismarck pueden ser incluidos en la segunda y la tercera imagen respectivamente; pero especialmente cuando consideraban las posibilidades de la política estatal, los cálculos de cada uno de ellos involucraban elementos de más de una imagen. Esto es lo que sucede

más a menudo. No obstante, la firmeza con que una persona se identifica con una imagen determina su interpretación de las otras. Bismarck se sentía más inclinado que Mill a tener en cuenta el mapa de Europa: el tablero de ajedrez; Mill a considerar, más que Bismarck, las características de los pueblos y sus gobiernos: los jugadores.

En oposición a Metternich y Bismarck que eran diplomáticos tanto en los asuntos internos como en los internacionales, los estadistas del siglo XX transfieren frecuentemente los métodos del político de partido a la política exterior. Woodrow Wilson, para mencionar sólo un ejemplo, comprendió claramente uno de los elementos esenciales del análisis de la tercera imagen: que la política de cada uno depende de la de todos los demás. Comprendió que, debido a la existencia de muchos estados autoritarios, hasta los estados pacíficos deben estar preparados para usar la fuerza con el objeto de defender sus intereses. Pero, convencido de que los estados democráticos son pacíficos porque sus gobiernos reflejan las aspiraciones de los pueblos, vislumbró el día en que las condiciones internas de todos los estados no significarían una posibilidad constante de guerra, sino la seguridad de la paz perpetua. El acento de Wilson sobre la segunda imagen lo condujo a efectuar interpretaciones muy particulares de la primera y la tercera pero no a ignorarlas completamente.

Según la tercera imagen, existe constantemente una posibilidad de guerra en un mundo en que haya dos o más estados tratando de promover sus intereses particulares sobre todo cuando no existe un organismo del cual puedan depender para lograr su protección. Pero muchos liberales y socialistas revisionistas niegan, o al menos reducen al mínimo, la posibilidad de que haya guerras en un mundo de democracias políticas o sociales. Una comprensión de la tercera imagen nos llevaría a percibir claramente que esta esperanza sólo podría estar justificada si el interés mínimo de los estados por preservarse a sí mismos se transforma en el interés máximo de todos ellos y si cada uno de ellos pudiese confiar en que todos los demás son partidarios de esta idea. Establecer esta condición pone de manifiesto la característica utópica de las expectativas liberales y socialistas. La crítica debería extenderse a las interpretaciones de la primera imagen. Pero quizás resulta ya bastante claro el hecho de que la importancia atribuida a una imagen frecuentemente distorsiona a las otras dos, si bien casi nunca las excluye. Tal vez

sea más beneficioso dirigir brevemente nuestra atención a efectos similares que podrían derivarse de una preocupación exclusiva por la tercera imagen.

Mientras que, desde el punto de vista del sociólogo, el gobierno es simplemente una de las tantas instituciones sociales, constituye al mismo tiempo una condición previa de la sociedad. El primero de estos puntos de vista, sin el segundo, produce confusión, como se ilustró en el capítulo I y en el IV. El estado natural entre los hombres es una imposibilidad monstruosa. La anarquía da origen a guerras; el gobierno establece las condiciones para la paz. El estado natural que continúa prevaleciendo entre los estados produce frecuentemente actitudes monstruosas, pero hasta el momento no ha hecho imposible la vida misma. Los análisis ahistóricos de Spinoza, Rousseau y Kant, hacen evidente la lógica de la sociedad civil y al mismo tiempo aclaran por qué esa lógica no lleva a los hombres más allá de los estados individuales, al establecimiento de un estado mundial. No obstante, si es la anarquía la causa, tanto en la esfera internacional como en la interna, la conclusión obvia es que el gobierno constituirá la cura; y esto es cierto, aun cuando la enfermedad no sea fatal. El problema es, sin embargo, de carácter práctico. La fuerza necesaria para mantener la cohesión de la sociedad varía según la heterogeneidad de los elementos que la componen. Los federalistas mundiales creen que las alternativas que se nos ofrecen son las de unidad o muerte. Robert Mynard Hutchins asegura "que el gobierno mundial es necesario y por lo tanto, posible"¹⁴. Pero la demostración de la necesidad de dicha institución no basta para infundirle vida. Y si se intentase un gobierno mundial, podríamos morir en el intento de unirnos o llegar a vivir, después de unirnos, una vida peor que la muerte.

La tercera imagen, como las dos primeras, conduce directamente a una recomendación utópica. En cada imagen se identifica una causa en función de la cual deben comprenderse todas las demás. La relación lógica entre la tercera imagen y la recomendación de un gobierno mundial es lo suficientemente fuerte como para llevar a algunos no sólo a defender los méritos de un gobierno mundial, sino también a sostener que puede lograrse con facilidad¹⁵. Es cierto que con un gobierno mundial no habría ya guerras internacionales, pero también es cierto que se producirían guerras civiles si el gobierno fuese ineficaz. También es verdad, volviendo a las dos primeras imágenes que sin las imperfecciones de los estados individuales no existirían las guerras; además es cierto que una sociedad de seres

perfectamente racionales, o de cristianos perfectos nunca conocería los conflictos violentos. Estas afirmaciones son, lamentablemente, tan triviales como verdaderas. Poseen la característica de las tautologías herméticas: los estados u hombres perfectamente buenos no cometen malas acciones; dentro de una organización eficaz no se permiten acciones que la pueden desviar de su rumbo y resultar muy dañinas. La casi perfección que exige la preocupación por una causa única, da cuenta de un gran número de hechos que, de otra manera, serían confusos: el pesimismo de San Agustín, el fracaso de los behavioristas como consejeros de paz, la confianza de muchos liberales en que las fuerzas de la historia producirán un resultado que jamás podrán lograr los esfuerzos conscientes de los hombres, la tendencia de los socialistas a identificar un elemento corruptor cada vez que se presenta una falta de armonía en la actividad socialista. También contribuye a explicar el rápido cambio de la esperanza a la desesperanza entre quienes adoptan totalmente el enfoque de la causa única, tanto en éste como en cualquier otro problema. La creencia de que para lograr un mundo mejor es necesario mejorar los factores que actúan dentro de un sector exactamente definido, conduce a la desesperanza cuando se hace evidente que los cambios, si es que son posibles, se producen lentamente y con fuerza insuficiente. Los que creen en esto se sienten constantemente derrotados por el doble problema de demostrar cómo pueden producirse “los cambios necesarios” y de fundamentar la afirmación de que los cambios descritos como necesarios son suficientes para lograr el objetivo deseado.

La afirmación contraria, o sea que todas las causas pueden ser relacionadas entre sí, constituye un argumento en contra de la suposición de que existe una sola causa que puede ser aislada por el análisis y eliminada o controlada por una política preparada con inteligencia. También es un argumento en contra de la aceptación de una o varias hipótesis sin tener en cuenta cómo se relacionan todas las causas entre sí. Las recomendaciones que derivan de una imagen única son incompletas porque se sustentan sobre análisis parciales. La cualidad parcial de cada imagen conduce por sí misma a la inclusión de las demás. En la primera imagen, la dirección del movimiento - que presenta la perspectiva de Locke como contraria a la de Platón - se dirige de los hombres hacia las sociedades y estados. La segunda imagen, incluye ambos elementos. Los hombres hacen los estados y los estados a los hombres; pero este concepto sigue siendo limitado. El investigador se orienta hacia la búsqueda de nexos más amplios entre las causas, porque los estados están conformados por el medio internacional en el que actúan, del mismo modo que los

hombres están conformados por el medio nacional y por el internacional. La mayoría de los pensadores que hemos considerado en los capítulos precedentes no se han basado únicamente en las consideraciones de una sola imagen. El hecho de que nos hayamos ocupado de las consecuencias que surgen según dónde se ponga el acento, explica la complejidad de los capítulos precedentes pero dificulta la tarea de sugerir cómo pueden relacionarse las imágenes entre sí sin distorsionar alguna de ellas.

La primera y segunda imágenes en relación con la tercera

Quizá sea cierto que la Unión Soviética constituye una de las mayores amenazas de guerra en la actualidad. Pero no es verdad que si la Unión Soviética desapareciese, el resto de los países podría continuar viviendo en paz. Hemos conocido las guerras durante siglos y la Unión Soviética sólo existe desde hace unas pocas décadas. Pero algunos estados, y quizá algunas formas del estado, se sienten más inclinadas hacia la paz que otras. ¿Acaso la multiplicación de estados pacíficos no garantizaría la esperanza de que se pudiese extender el período de paz entre las guerras más importantes? Al poner el acento sobre la pertinencia del marco de acción, la tercera imagen subraya la confusión que caracteriza a dichos análisis parciales y a las esperanzas que frecuentemente se basan en ellos. Una acción que puede ser aprobada de acuerdo con los valores morales e individuales, podría constituir una invitación a la guerra que tratamos de evitar. La tercera imagen, si no es considerada como una teoría de gobierno mundial sino como una teoría de los efectos condicionantes del estado mismo, pone sobre aviso de que, en lo que respecta al aumento de las posibilidades de paz, no podemos afirmar que existan actos buenos en sí mismos. La pacificación de los Hukbalahap fue una contribución clara y directa a la paz y al orden del Estado filipino. En materia de política internacional, una solución "parcial", como el hecho de que un país importante se volviese pacifista, constituiría una contribución concreta a la paz mundial; pero también podría acelerar con la misma facilidad la llegada de otra guerra a gran escala.

La tercera imagen, tal como se refleja en las obras de Rousseau, se basa en un análisis de las consecuencias que surgen del marco de la actividad estatal. La explicación de Rousseau acerca del origen de las guerras entre los estados es, en un sentido amplio, la definitiva mientras funcionemos en un sistema de naciones-

estado. Es una explicación definitiva porque no se apoya en causas accidentales - la irracionalidad del hombre, los defectos de los estados -, sino en su teoría acerca del marco de acción dentro del cual *cualquier* accidente puede provocar una guerra. El hecho de que el estado A desee ciertas cosas que sólo puede conseguir por medio de la guerra, no explica el surgimiento de ésta porque tal deseo puede conducir o no a ella. Mi anhelo de poseer un millón de dólares no me conduce a robar un banco pero si fuese más fácil saquear bancos, ese anhelo motivaría que se cometieran más robos. Esto no altera el hecho de que algunos intentarán robar de todas maneras, por más estricta que sea la ley. Pero aún debemos investigar las motivaciones y las circunstancias con el objeto de explicar las acciones individuales. No obstante, podemos afirmar que, dadas ciertas condiciones, un debilitamiento del rigor de la ley conducirá a un aumento de los delitos. Desde este punto de vista lo que cuenta es la estructura social; es decir, las restricciones y los métodos institucionalizados para alterar y adaptar los intereses. Pero cuenta de un modo diferente del que se asocia generalmente con la palabra "causa". Lo que lleva al hombre a cometer ese delito es su deseo de dinero, su falta de respeto hacia las leyes de la sociedad y un cierto arrojo. Pero si se preparan obstáculos suficientemente difíciles para la realización de esta actividad, nueve de cada diez posibles ladrones de bancos vivirían sus vidas pacíficamente, ocupados en tareas que no están marginadas de la ley. Si el marco de acción puede ser considerado como una causa de la guerra, debemos especificar que se trata de una causa permisiva o subyacente.

Esta idea, aplicada a la política internacional, se transforma - para utilizar las mismas palabras con que resumimos a Rousseau - en el argumento de que las guerras ocurren porque nada puede evitarlas. El análisis de Rousseau explica la reaparición constante de la guerra sin explicar ninguna guerra determinada. Nos dice que las guerras pueden ocurrir en cualquier momento, y por qué sucede eso. Pero la estructura del sistema estatal no hace que el estado A ataque al estado E. Que dicha agresión tenga o no lugar dependerá de varias circunstancias especiales: ubicación, tamaño, poder, interés, tipo de gobierno, historia y tradición, circunstancias que ejercerán influencia sobre las acciones de ambos estados. Si luchan entre sí, será por motivos especialmente definidos en esa ocasión por cada uno de ellos. Estos motivos especiales constituirán entonces las causas inmediatas o eficientes de la guerra, las cuales están consideradas en la primera y la segunda imagen. Los estados se ven impulsados a agredirse mutuamente y a defenderse

por la razón y/o la pasión de los pocos hombres que diseñan las políticas de los estados, y de los muchos que influye en ellos. Algunos estados, en virtud de sus condiciones internas, son más eficaces para la guerra y con frecuencia se sienten inclinados a poner a prueba su capacidad para ella. Las variaciones de los factores incluidos en la primera y segunda imagen son importantes - por cierto, cruciales - para crear períodos de paz o para interrumpirlos; las causas inmediatas de cada guerra son los actos de los individuos o los actos de los estados.

Si cada guerra está precedida por acciones que podemos identificar (o al menos, intentar hacerlo) como causas, entonces ¿por qué no podemos eliminar las guerras modificando el comportamiento individual o estatal? Esta es la lógica que guía a quienes dicen: para poner término a la guerra se debe mejorar a los hombres; o, para poner fin a la guerra habrá que mejorar a los estados. Pero en tales recomendaciones, el papel que juega el medio internacional resulta fácilmente distorsionado. ¿Cómo puede mejorarse la actuación de algunas unidades mientras otras continúan utilizando sus viejos métodos depredatorios? La suposición simplista de muchos liberales acerca de que la historia se dirige sin pausa hacia una gran transformación, se vería refutada si el medio internacional se hiciese cada vez más difícil, hasta el punto de imposibilitar que los estados se comportasen de manera cada vez más moral. Se omiten dos puntos importantes de las recomendaciones consideradas en la primera y la segunda imagen. Primero, si se produce un efecto determinado como consecuencia de dos o más causas, no puede eliminarse permanentemente dicho efecto mediante la supresión de una de las causas. Si las guerras tienen lugar porque los hombres no son perfectamente racionales y porque los estados no se encuentran perfectamente organizados, el hecho de que sólo mejoremos a los estados poco puede hacer para disminuir el número e intensidad de las guerras. El error reside en identificar una causa donde influyen más de una. Segundo, un intento de suprimir una de las causas, descuidando las otras, puede empeorar la situación en lugar de mejorarla. De este modo, a medida que las democracias occidentales se inclinaban más hacia la paz, Hitler se volvió más beligerante. La propensión hacia la paz de algunos participantes de la política internacional, puede aumentar, y no reducir, la posibilidad de guerra. Esto ilustra el papel que juega la causa permisiva: el ambiente internacional. Si hubiese sólo dos causas, los hombres y los estados, podríamos estar seguros de que la aparición de estados pacíficos no dañaría la causa de la paz mundial. El hecho de que un remedio propuesto constituya

verdaderamente un remedio, o sea tan sólo algo mejor que nada, depende, no obstante, del contenido de las acciones de todos los estados, y del momento en que éstas tengan lugar. La tercera imagen lo aclara.

La guerra puede producirse porque el estado A tiene algo de lo cual carece el estado B. La causa inmediata de la guerra es el deseo del estado B. La causa permisiva es el hecho de que nada puede evitar que el estado B se lance a la guerra. En una circunstancia diferente, la relación entre las causas inmediatas o eficientes y las permisivas puede llegar a ser más íntima. El estado A puede abrigar el temor de que si ahora restringe las actividades agresivas del estado B, quizá no pueda hacerlo dentro de diez años. Entonces el estado A se transforma en el agresor actual porque teme que el estado B pueda ser su agresor en el futuro. La causa eficiente de tal guerra se deriva de la causa que hemos denominado permisiva. En el primer caso, los conflictos surgen de diferencias causadas por hechos específicos. En la era de la bomba de hidrógeno, ningún hecho determinado merece el riesgo de una guerra a gran escala. Es preferible un arreglo, por malo que sea, a la autodestrucción. El uso de la razón parece requerir la adopción de una doctrina de "no recurrir a la fuerza". Aquel que siguiese este camino guiado por su razón, estaría transitando por el sendero indicado por Cobden, quien señaló en 1849 que "es casi imposible decir exactamente qué motivo desató cualquiera de las guerras de los últimos cien años", expresando así implícitamente que los ingleses nunca debieron haberse comprometido en esas guerras¹⁶. Cobden cae en la misma trampa que atrapó a A. Mire cuando explicó que en la Primera Guerra Mundial habían perecido diez millones de hombres porque el Imperio Austrohúngaro trató, sin éxito, de vengar la muerte de su archiduque¹⁷. Sucumbe así a la ilusión de Sir Edward Grey, quien en sus memorias, escritas aproximadamente treinta años atrás, expresó su esperanza de que los horrores de la Primera Guerra Mundial hiciesen posible que las naciones "encontrasen, por lo menos, una base común sobre la cual tuviesen la oportunidad de comprenderse y confiar mutuamente, para llegar al siguiente acuerdo: en las disputas ya no se utilizaría la guerra como medio de solución porque acarrea la ruina"¹⁸.

Es cierto que las causas inmediatas de muchas guerras son triviales. Si las analizamos profundamente veremos que la incapacidad de lograr un acuerdo que no implique el uso de la fuerza constituye la mayor insensatez. Pero por lo general no es cierto que las causas inmediatas proporcionen una explicación suficiente para

las guerras acontecidas. Y si no son simplemente diferencias específicas las que producen la guerra, el arreglo racional de dichas diferencias no puede eliminarla. Porque, como ha dicho Winston Churchill: “los pequeños problemas son sólo los síntomas de una peligrosa enfermedad y sólo revisten importancia como tales. Detrás de ellos se encuentran los intereses, las pasiones y el destino de vigorosas razas de hombres; y los antiguos antagonismos se expresan por medio de futilidades”¹⁹. No obstante, la esperanza de Churchill de que el temor inducido por “el equilibrio del terror” produzca una tregua temporal, puede estar justificada. El desarrollo de la tecnología incrementa el horror de las guerras y quizá también el deseo de paz; la rapidez con que se producen dichos progresos conduce a la inseguridad en los planes militares y destruye la posibilidad de estimar con cierta precisión las fuerzas del opositor. El temor y la paz permanente son más difíciles de igualar. Cada progreso en la tecnología de la guerra ha encontrado su profeta dispuesto a proclamar que la guerra ya no es posible. Por ejemplo, Alfred Nobel y la dinamita o Benjamín Franklin y el globo aerostático. Quizá también haya existido un profeta que proclamase el fin de las guerras tribales cuando se inventó la lanza, y otro que hiciese una predicción similar cuando se le agregó veneno en el extremo. Lamentablemente todos éstos han sido falsos profetas. El perfeccionamiento de las armas atómicas de hidrógeno puede alimentar el deseo de paz de algunos y los sentimientos belicosos de otros. En Estados Unidos y en otros países, después de la Segunda Guerra Mundial, uno de los temas más debatidos de política exterior fue la necesidad de llevar a cabo guerras preventivas; es decir, dejar caer una bomba antes de que el eventual opositor en una futura guerra tuviese tiempo de fabricar su propia bomba. Aun cuando existan dos más estados equipados con armamentos similares, una leve alteración en el equilibrio del terror que diese una ventaja militar decisiva a un estado, puede inducirlo a aprovechar el momento con el objeto de escapar del temor. Y la tentación será proporcional al temor mismo. Finalmente, el temor mutuo o las armas peligrosas pueden producir, en lugar de la paz, una serie de guerras pequeñas.

El temor a las armas modernas y a la destrucción de la civilización humana no es suficiente para establecer las condiciones de paz identificadas en nuestro análisis acerca de las tres imágenes de las relaciones internacionales. Puede decirse que el temor es sinónimo de la paz mundial sólo si el deseo de paz existe en todos los estados y se expresa uniformemente en sus políticas. Pero la paz constituye la principal meta de pocos hombres y de pocos estados. Si fuese el objetivo más

importante de un solo estado, dicha nación podría contar con, la paz en cualquier momento, simplemente mediante la rendición. Pero, como ha advertido con frecuencia John Foster Dulles: “la paz puede ser un disfraz mediante el cual los hombres malvados cometen acciones diabólicas”²⁰. El problema en una disputa determinada quizá no sea quién ganará con ella, sino quién dominará el mundo. En tales circunstancias es difícil definir el mejor camino hasta para los hombres más razonables; es imposible imaginar su capacidad para encontrar soluciones sin el empleo de la fuerza. Si resultase posible encontrar soluciones sobre alguna base diferente de las tres imágenes aquí expuestas, la razón sólo podría funcionar dentro del marco sugerido por el estudio de las dos primeras imágenes según la perspectiva propuesta por la tercera, perspectiva bien definida en los *Federalist Papers*, especialmente en los escritos por Hamilton y Jay.

¿Qué sucedería, pregunta Jay, si los trece estados, en lugar de aunarse como un solo estado, se organizaran en diversas confederaciones? Jay contesta:

En lugar de estar “unidos en el afecto” y libres de todo temor ante cada confederación, causado por la existencia de “intereses” diferentes, la envidia y los celos pronto eliminarían la confianza y el afecto, y los únicos objetivos de su política serían, en lugar de los intereses generales de América, los intereses parciales de cada confederación. Por lo tanto, esas confederaciones se verían siempre envueltas en disputas y guerras o vivirían temiéndolas, como la mayor parte de las naciones *limitrofes*²¹.

La anarquía internacional, dice Jay aquí, es la explicación de la guerra internacional. Pero no la explica únicamente la anarquía. Hamilton agrega que suponer que no existen motivaciones hostiles entre los estados es olvidar que los hombres son “ambiciosos, vengativos y rapaces”. Un estado monárquico puede ir a la guerra porque la vanidad conduce a su rey a buscar la gloria mediante conquistas militares; una república puede ir a la guerra debido a la insensatez de su gobierno o por motivos comerciales. El hecho de que el rey sea vanidoso, el gobierno insensato y los intereses comerciales irreconciliables, no es inevitable. No obstante, las causas de la guerra son tantas y tan variadas que “tratar de hallar una armonía constante entre un grupo de estados independientes o de soberanos no relacionados entre sí en una vecindad, sería no tomar en cuenta el curso

uniforme de los sucesos humanos y desafiar la experiencia acumulada durante siglos”²².

Jay y Hamilton encontraron en la historia de los estados occidentales la confirmación a su opinión de que entre estados soberanos existe constantemente una posibilidad de guerra. La tercera imagen, tal como fue analizada en el capítulo VI, nos brinda una base teórica para la misma conclusión. Revela por qué, sin que se produzcan cambios importantes en los factores incluidos en las dos primeras imágenes, la guerra estará siempre asociada a la existencia de estados soberanos. La conclusión obvia de un análisis efectuado sobre la base de la tercera imagen es que el gobierno mundial constituye el remedio para la guerra mundial; dicho remedio, aunque factible teóricamente, es imposible en la práctica y la tercera imagen, entonces, proporcionará un enfoque utópico de la política mundial. Pero también facilitará un enfoque realista, que podría evitar la tendencia de algunos realistas a atribuir la amoralidad, o hasta la inmoralidad de la política mundial, al carácter del hombre, para quien la maldad es innata. Si la estrategia de cada uno depende de la de todos los demás, entonces los Hitler determinan en parte la acción o, mejor dicho, la reacción de aquéllos cuyos fines son valiosos y cuyos medios son peculiares. Por muy buenas que sean sus intenciones, los políticos deben recordar las inferencias de la tercera imagen que pueden ser resumidas de la siguiente manera: cada estado persigue sus propios intereses - cualquiera que sea la definición de éstos - de la manera que considera más apropiada. La fuerza es un medio para lograr las metas de los estados en el exterior porque no existe un proceso coherente y fiable para reconciliar los conflictos de intereses que surgen inevitablemente entre unidades similares en una situación anárquica. Una política exterior basada sobre esta imagen de las relaciones internacionales no es moral ni inmoral, pero encierra una respuesta razonada al mundo que nos rodea. La tercera imagen describe el marco de la política mundial pero sin la primera y la segunda imagen no pueden conocerse las fuerzas que determinan la política; las dos primeras imágenes describen las fuerzas de la política mundial pero sin la tercera es imposible evaluar su importancia o predecir su resultado.

NOTAS

¹ MILTON, John "The Doctrine and Discipline of Divorce" en *Works*, vol. III, Henry G. Bohn, Londres, 1848-81, p. 180.

² SWIFT *A Tale of a Tub*.

³ Para una explicación más amplia acerca de Rousseau, véase el Capítulo VI.

⁴ MALTHUS, Thomas *An Essay on the Principle of Population*, Macmillan & Co., Nueva York, 1895, ps. 47-8 [Capítulo X de la edición de 1798].

⁵ RANKE, "The Great Powers" [Traducido al inglés por H. H Von LAUE en Von LAUE, Theodore H. *Leopold Ranke*]. Véase, por ejemplo, HOMO, *Roman Political institutions* [Traducido por DOBIE], especialmente las ps. 146, 364-69.

⁶ LINK, Arthur S. *Woodrow Wilson and the Progressive Era, 1910-1917*, Harper & Brothers, Nueva York, 1954, p. 257.

⁷ COBDEN, Richard *Speeches on Questions of Public Policy*, vol. I, Editado por BRIGHT, John y ROGERS, James E., Macmillan & Co., Londres, 1870, ps. 432-33.

⁸ TAFT, Robert A. *A Foreign Policy for Americans*, Doubleday & Co., Nueva York, 1951, p. 23.

⁹ Citado por DONOVAN, Robert J. "Eisenhower Will Coble Secret Geneva Reports" en *Herald Tribune*, Nueva York, 13 de Julio de 1955, p. 1.

¹⁰ EISENHOWER, discurso pronunciado en una reunión del Consejo Nacional de Mujeres Católicas. Texto en *New York Times*, 9 de Noviembre de 1954, p. 14.

¹¹ DICKINSON, G. Lowes *The European Anarchy*, The Macmillan Co., Nueva York, 1917.

¹² Cf. TRUMAN, David B. "The Impact on Political Science of the Revolution in the Behavioural Sciences" en BAILEY, Stephen K., *et al. Research Frontiers in Politics and Governments*, The Brookings Institutions, Washington, 1955, ps. 202-31.

¹³ MILL, John S. *The Letters of John Stuart Mill*, vol. I, Editado por ELLIOT, Hugh S. R., Longmans, Green and Co., Londres, 1909, p. 222.

¹⁴ HUTCHINS "The Constitutional Foundations for World Order" en *Foundations for World Order*, p. 105.

¹⁵ Cf. POPPER, Karl *The Open Society and its Enemies*, Princeton University Press, Princeton, 1950, ps. 158-59, 574-79 y ESSLINGER, William *Politics and Science*, The Philosophical Library, Nueva York, 1955.

¹⁶ COBDEN, Richard *Speeches on Questions...*, *op. cit.*, vol. II, p. 165.

¹⁷ MILNE, A. A. *Peace with Honour*, E. P. Dutton & Co., Nueva York, 1934, p. 11.

¹⁸ GREY, Edward *Twenty-Five Years*, vol. II, Frederick A. Stokes & Co., Nueva York, 1925, p. 185.

¹⁹ CHURCHILL, Winston S. *The World Crisis, 1911-1914*, vol. I, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1923-29, p. 52.

²⁰ "Excerpts from Dulles Address on Peace" (Washington, 11 de abril de 1955) en *New York Times*, 12 de Abril de 1955, p. 6.

²¹ HAMILTON, Alexander; JAY, John y MADISON, James *The Federalist*, The Modern Library, Nueva York, 1941, ps. 23-24 (nº 5).

²² *Ibidem*, ps. 27-28 (nº 6), p. 18 (nº 4, JAY), y ps. 34-40 (nº 7, HAMILTON).